

ALBUM DE SEÑORITAS

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Entre todas las heroínas, entre todas las santas doncellas, descuella la Virgen María, la bendita entre todas las mujeres. Sabido es de todos su vida para que nos detengamos ahora en reseñarla; diremos solo, que ella abrió una nueva marcha á la humana sociedad, que ella dió al mundo la salvacion, y á las almas la gloria. Modelo de hijas, de esposas, de madres, la vida de la Virgen debe estar impresa en nuestro corazon, como lo está su imágen en nuestra mente, y su nombre en nuestros lábios.

La Virgen es la personificacion de lo bello, la inspiracion de la poesía, de la pintura, de todas las artes que necesitan demostrar sublimidad, porque nada hay mas sublime que la Virgen, nada mas dulce que el nombre de María, cantado por tantos vates, glorificado por Dios. Nada mas dulce, nada mas purísimo que ese nombre místico, que tiene por atributo las flores, ese encantador

adorno del mundo. ¡Nombre glorioso, que pronunciamos en nuestros infortunios para dar al corazon dolorido un bálsamo de consuelo !....

Pero nos desviamos de nuestro propósito; verdad es que no puede pronunciarse el nombre de la Virgen Maria sin que toda ella ocupe nuestra mente.

En nuestros anteriores articulos ha podido conocerse cómo la mujer ha ido contribuyendo, como guiada por la mano de Dios, á que se cumplieran sus decretos. En los régios alcázares, en los campamentos, en los salones, en las aldeas, en las chozas, en todas partes, la mujer ejerce una poderosa influencia en la vida humana, en la marcha de la sociedad.

Hemos presentado las mujeres que distingue la Biblia; ahora presentaremos las que sobresalen en la historia profana.

Y no nos ocuparemos solamente de las que se distinguieron por sus virtudes, sino de las que dejaron un nombre por sus crímenes, para presentarlas rodeadas del oprobio que acompaña á su nombre, para que se aprenda á desviarse de la senda que siguieron.

Pero son estas mujeres escepciones en



la historia, y como una escepcion las presentaremos, y nos ocuparán bien poco.

Grande es la tarea que nos imponemos; pero el entusiasmo con que la emprendemos, por la conviccion de que creemos hacer un importante servicio á la juventud, á todas las mujeres, nos estimula y nos dará fuerzas.

En nuestro próximo artículo comenzaremos esponiendo la nueva forma que vamos á dar á esta seccion del periódico.

A. Pirata.

LITERATURA.

LOS ÚLTIMOS JAZMINES

Y LAS PRIMERAS VIOLETAS.

Á la Señorita

Doña Dolores Diaz y Cuadrado. (1)

Las frias auras del noviembre, inquietas
Aun juegan con las flores del jazmin,
En tanto que á su sombra las violetas
Sus cálices comienzan á entreabrir.

Mensajeras las unas del estío,
Las otras de la mas bella estacion,
Conservó á las primeras el rocío,
Y á éstas hace brotar, benigno el sol.

Frescas, lozanas, á las dos he hallado
Bajando esta mañana, en mi jardin:
Sus hojas recordándote he besado,
Y cogido esas flores para ti.

(1) Esta bella jóven, á la que no tengo el gusto de conocer personalmente, en prueba de su simpatía despues de leer mis poesias LAS VIOLETAS, me envió un lindísimo ramillete de dichas flores.

Hubo un tiempo feliz en que cantaba
Y con ellas mi lira perfumé,
Y de las flores que de niña amaba
El nombre á mis canciones di tambien.

Su leve aroma que creí perdido
La brisa entre sus alas te llevó:
Escucháste aquel eco dolorido,
Y al mio respondió tu corazon.

Un ramo de violetas matizadas
Vino tu simpatía á revelar,
Hermosas como tú, por tí formadas,
Puras, como tu afecto y amistad!

Sobre ellas una lágrima furtiva
De ternura, al besarlas derramé,
Jurando conservarlas mientras viva
A fin de que mi tumba ornén despues.

Y así como á esas flores que hoy te envío
Hizo entre el hielo desplegar el sol,
Sentí en mi pensamiento, inerte, frio,
Renacer mi perdida inspiracion.

Tuyos son, pues, mis cantos de poeta,
Y en cambio tu cariño es para mí
Lo que el suave calor á la violeta,
Y el rocío á las flores del jazmin.

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

Ciudadela de Jaca 8 de noviembre de 1852.

UN MOMENTO LUCIDO.

NOVELA MORAL.

[Continuacion.]

III.

El Robo.

Al dia siguiente de la muerte de la marquesa, Coraly volvió á entrar tambien en el convento de Oiscaux, en la calle de Sévres: hacia un mes que se habia ausentado, y por

lo tanto su vuelta causó una viva sensación entre todas las educandas. Elena sobre todo la recibió con el mayor interés.

Ambas pobres huérfanas, ambas de una misma edad, se veían hendidas en la miseria por la muerte de su bienhechora. Esta semejanza de posición, de edad y de infortunio, parecía estrechar más y más los nudos que las unían.

—¿Qué haremos? ¿qué será de nosotras? Se preguntaban las dos á la vez.

—Mi suerte se ha fijado ya, continuó Elena. Tú sabes que mi único deseo era el de consagrarme á Dios. Yo no conozco el mundo, no puedo sentir separarme de él. La superiora me ha dicho ayer, que la muerte de mi querida y buena bienhechora no mudaría en nada mi suerte, y que al fin de mi noviciado, aun cuando los herederos de la marquesa, sus queridos nietos, rehusasen cumplir la palabra dada á su madre de pagar mi dote, seré admitida sin él.

—¿Y yo? preguntó tímidamente Coraly.

—¡Oh!... tú, prima de los marqueses de Tingri, ¿qué tienes que temer? La respondió Elena, tú te casarás, y... ¿no me olvidarás? Oh! no; yo te juzgo según mi corazón... no me olvidarás, es verdad?

Las dos amigas se abrazaron, y con esa indiferencia que á su edad nos hace mirar como fútil todo lo que pertenece á la vida material, no pensaron más que en la difunta, y solo hablaron de sus virtudes, de su bondad, de su caridad para con ellas, y continuaron en esta conversación todo el tiempo destinado al recreo.

Un mes habia pasado así, cuando una mañana Coraly recibió la orden de pasar á la habitación de la superiora, y apenas llegó, reconoció en un caballero que se hallaba presente á Mr. Bismuth, que durante la locura de la difunta marquesa, habia sido nombrado por la familia tutor de esta señora y

de sus jóvenes nietos. Estaba acompañado de cinco ó seis hombres de modales graves y severos rostros, en cuya voz circunspecta y miradas penetrantes estaba impresa una especie de solemnidad melancólica, y casi malvada. La pobre jóven se detuvo como helada en el umbral de la puerta.

—Acércate, hija mia, le dijo la superiora, sobre cuyo apacible rostro se veía pintada una desusada inquietud; acércate y ven á dar á estos señores algunas esplicaciones... las que tú puedas, sobre diversos asuntos de la casa de Tingri.

Entonces se formó una especie de tribunal en torno de la superiora, que sentada, tenia á Coraly de pié al lado de su sillón. Mr. Bismuth y sus cinco compañeros se sentaron también enfrente de las mujeres, y el más jóven se colocó sentado al lado de una mesa donde habia recado de escribir. Mr. Bismuth habló el primero.

—Como tutor de los dos herederos, menores aun, yo os conjuro, señorita, á decir verdad sobre lo que os voy á preguntar.

—Yo os suplico, dijo uno de los caballeros, como reprendiendo al tutor por la expresión *os conjuro*.

—Preguntad, dijo Coraly, con toda la expresión de una tímida sencillez.

—Habeis tenido noticia, señorita, de una pequeña hacienda que M.^{me} de Tingri poseía en Beauce, la que habia heredado, según creo, de uno de sus parientes? preguntó Mr. Bismuth.

—Sí, señor, respondió Coraly sin titubear.

—Y qué se ha hecho de esa tierra?

—He oido decir, señor, que mi tía la marquesa la vendió algunos dias antes de la muerte de su hijo.

—Y habia recibido el dinero de la venta?

—Ciertamente.

—En plata, en oro, ó en billetes de Banco?

—En billetes de Banco, caballero, respondió Coraly con resolución.

—Y sabéis lo que ha hecho la marquesa con esos billetes?

—La noche en que murió estaban aun en su naveta, de donde yo los he sacado para entregárselos (la jóven no pudo contener un suspiro al recordar aquellos momentos.)

—Luego vos los habeis visto, señorita? dijo uno de los acompañantes.

—Sí...

Al ver la turbacion de Coraly, todos aquellos hombres se miraron con inteligencia, Mr. Bismuth prosiguió.

—Tened la bondad, señorita, si vuestra memoria os lo permite, de referirnos en qué ocasion y cómo vuestra tia, que en su locura no recordaba ninguna circunstancia de su vida, os habló de esta venta ó de este dinero.

—Con todo mi corazon, señor. Era la noche... la última noche... la última vez que yo escuché su voz. Me llamó por mi nombre... su acento era natural, sus miradas dulces, no estaba loca ya... en fin, me dijo despues de muchas cosas, que no tienen relacion con lo que me preguntais, y que solo recuerdo confusamente... escusadme si no os digo quizá las mismas palabras; me dijo que habia vendido una tierra en Beauce... que habia recibido el dinero. Me hizo sacar una cartera de un cajoncito secreto... y añadió que su estado de locura permanente no la permitia hacer testamento; que su conciencia la reprochaba dejarme huérfana y sin auxilio, y que me suplicaba aceptase aquella suma para mí.

—Y la habeis guardado? interrumpió bruscamente Bismuth.

Coraly miró al tutor con tal admiracion, que Bismuth bajó los ojos para volver á preguntar: ¿y la habeis tomado, señorita? No habia en esto ningun mal, pues que ella os la daba.

—Podrá ser verdad, respondió Coraly con la mayor sencillez, pero no la he tomado.

—Por qué? preguntó uno de los testigos.

—Porque mi tia podia realmente haber recobrado su razon en el momento que me hablaba, lo mismo que podia estar aun en su locura... y ademas, señor, porque esto es casi incomprendible... no se recibe de una parienta, de una tia, un presente tan considerable. Luego ella me habia dicho: *guárdalos, y calla*... esto solo habria bastado para que no los tomase.

—Bien! bien, hija mia, dijo la superiora derramando algunas lágrimas de ternura, y estrechando tiernamente la mano de Coraly.

Una espresion de satisfaccion interior iluminó, por decirlo así, el rostro severo de los testigos. Solo Mr. de Bismuth conservó su aspecto impassible, y continuó.

—Bien, muy bien, señorita, vos habeis pensado así en el primer momento... es muy natural!... pero despues... despues de algunas horas de reflexion, en que habeis quedado sola al lado de la marquesa... os habeis dicho: «La delicadeza es laudable sin duda, pero esta ya es excesiva; mis primos son demasiado ricos y no tienen necesidad de esta suma; mas yo... yo huérfana, yo que nada poseo sobre la tierra! y... y...»

—Ah!... Dios mio!... tengo miedo... dijo Coraly, pálida como un mármol.

—De qué? preguntó el tutor.

—Yo... no sé... dijo la jóven, mirando en derredor, como si buscase un apoyo, de... de Vds., señores... de vuestro aspecto, de vuestras preguntas, ¿qué pensais? Oh! qué pensais?

—Una cosa muy sencilla, señorita, vos no habeis vuelto á poner la cartera en su lugar, pues que nos lo hubiérais dicho, por otra parte, ni está en el cajoncito ni en otro lado alguno; decís que ha quedado sobre el lecho de la marquesa... mas cuando el mé-

dico llegó ya no estaba, porque yo la hubiera visto; yo, que seguía entonces al médico... luego...

—Caballero, dijo entonces la superiora, tomando la palabra, pues Coraly atacada de un temblor nervioso que le hacía crujir los dientes, estaba incapaz de hablar; caballero, ya habeis oído á esta jóven.... ya os ha dicho que no ha tocado á esa suma.

—Pero esta suma no se halla, señora, respondió Bismuth, esta suma ha desaparecido... la señorita ha confesado que la noche de la muerte de la marquesa estaba aun sobre su lecho... que estaba allí, y la señorita la ha visto, la ha tocado.... aun mas; la ha contado.

—Y bien, ¿qué prueba todo eso? preguntó Coraly con ojos espantados.

—Prueba, señorita, que esa cantidad estaba sobre el lecho á la una, que á las cuatro no estaba ya... y que sin duda ninguna ha sido robada en este intervalo.... replicó Mr. Bismuth precipitadamente.

—Robada! y es á mí á quien acusais? exclamó Coraly, cuya emocion fué tal, que al momento se la vió vacilar y caer sin conocimiento en brazos de la superiora, que se había levantado para sostenerla.

—Yo estoy desolado con esta escena, dijo Mr. Bismuth, levantándose, y haciendo seña al jóven que había escrito el interrogatorio de levantarse tambien y plegar bagaje: pero señora, como tutor de la marquesa, como tutor de sus nietos, menores todavía, mi deber me obligaba á ello... Yo os dejo, señorita de Blinville. Señora, añadió, tratad de obtener de ella la confesion de su falta y la restitucion de esa suma, pues bien conocéis que mi deber me obliga á obtenerla legalmente, si no me es posible de otro modo.

—Legalmente! ¿cómo? ¿qué quereis decir? preguntó la superiora, aplicando al mis-

mo tiempo varias aguas espirituosas á las he-ladas sienes de Coraly, que no daba el menor indicio de vida.

—Que yo respondo de estos 100,000 francos ante la ley, dijo Mr. Bismuth retirándose, y que voy á presentar mi demanda al procurador del Rey.

—Podeis hacerlo, caballero, respondió la superiora con el tono de la dignidad ofendida; id, yo respondo de mi educanda como de mí.

En tanto que Mr. Bismuth y sus sombríos compañeros salían del aposento de la superiora, Coraly empezaba á abrir los ojos y á recobrar el uso de sus facultades intelectuales; oyó las últimas palabras de la abadesa y prorrumpió en llanto.

—Oh! piedad! piedad!... señora, exclamó con toda la efusion de un corazon sensible y reconocido.... ¿no lo creéis, es verdad? ¿no creéis que haya sido yo la que he llevado la cartera? Dios mio! Dios mio! qué horror, calumniarme asi...

En este momento Elena asomó á la puerta de la habitacion su rostro inquieto y escudriñador; la abadesa la vió, y la llamó en alta voz.

—Elena, la dijo, acompañad á vuestra amiga hasta la celda, y no la abandoneis hasta que yo vaya á reunirme con vos.

Entonces la educanda y la novicia se alejaron; mas Coraly, como todas las jóvenes cuyo corazon está oprimido, no había andado veinte pasos, cuando ya había contado á Elena toda su historia.

—Y me has nombrado? exclamó la última, cuyos miembros estaban trémulos de pavor.

—Nombrado! por qué? Nadie ha hablado de tí, dijo Coraly con sencillez.

—Ah! tanto mejor, dijo Elena, respirando con libertad. Después de algunos momentos de silencio, añadió balbuceando, y sondeando con una mirada inquieta los inmen-

— sos corredores del claustro, escucha, escucha una cosa... no hables de mí, entiendes? no me nombres.

— Y para qué te había de nombrar yo? replicó Coraly con abatimiento, y sin poder pensar en otra cosa que en el golpe que acababa de recibir.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

MELODÍA.

A mi querida hermana JULIA.

El amor de una madre
es flor del cielo,
con que el hogar perfuma
blandito el Eterno:
hermana mía,
feliz tú que su aroma
das y respiras!

Las glorias de este mundo
tan codiciadas,
al lado de tus glorias
son polvo, nada:
¡Ay! hija y madre...
de la vejez apoyo
puerto de un ángel!

Que nunca los dolores
surquen tu frente!
que esa flor los jardines
perfume siempre!
Hermana mía,
feliz tú que su aroma
das y respiras!

EMILIA FERNANDEZ.

TEATROS.

Tan brillante como fué la conclusion del Real, ha sido triste la de los del Drama é Instituto, á pesar de sus esfuerzos. Ni podia ser de otra manera concurriendo con los de Variedades, Príncipe y Circo, y luchando con la fortuna de éste. *La Cabra tira al Monte* y *La Pastora de los Alpes*, han sido las novedades, de que podemos hablar, presentadas por el primero, habiéndose puesto tambien anoche en escena por primera vez la comedia nueva, original y en verso, titulada *El Médico de Cámara*, de que nos ocuparemos en el número inmediato. *La Cabra tira al Monte* no ha correspondido á la justa celebridad del autor de *La Marcela*. Así lo ha comprendido el público, y la inteligente direccion de este teatro, retirando á la cuarta representacion una comedia que solo ha conquistado aplausos á los actores. Sencillo su argumento, con situaciones de interés, es lástima que afeen sus bellezas algunos defectos que apenas serian disimulables en un principiante. *La Pastora de los Alpes*, á pesar de lo que alguna revista ha dicho, ha gustado en su conjunto y detalles, por su interés siempre sostenido y creciente, por la propiedad con que ha sido presentado este drama en prosa, y por su ejecucion. La decoracion de los picos de los Alpes, la nevada y desprendimiento de Aludes, están representadas con una verdad á que el público tributa su satisfaccion. La prueba, por fin, del éxito de esta buena traduccion está en el número de las representaciones. Tres veces ha vuelto á darse *Adriana*, y la primera en favor de los pobres; y la admiracion de los que no habían visto el lujo que se despliega en este drama, tan bien arreglado, de D. Ventura de la Vega, y el

entusiasmo de todos por Teodora y Arjona, no hallaron límites.

El teatro del Príncipe también ha escitado el interés del público presentándole *La Flor del Valle*, *Felipe el Prudente*, y *Dios, mi brazo y mi derecho*. En un acto la producción primera, del Sr. de Ariza, tiene mucho de zarzuela, y aunque desigual su ejecución, fué aplaudida, como lo ha sido la tercera, drama en verso del mismo autor, en el cual, y en el de Felipe, también en verso, de D. Pedro Calvo Ascensio, sobresalió como siempre el Sr. Romea.

La Cruz, en que trabaja una compañía bastante buena, no se ha descuidado en su buen deseo, enriqueciendo últimamente nuestra escena con dos dramas franceses, *Juan el Cochero* y *La Cámara Roja*. Reservándonos hablar de éste, anteanoche estrenado, diremos de aquel, por el estilo del conocido con el título de *El Trapero de Madrid*, que es muy digno del favor del público. Bien traducido, bien ejecutado, principalmente por la Paz y Farro, es de situaciones interesantísimas, y lleno de verosimilitud.

El Circo, no satisfecho, y hace bien, con sus ricas minas denominadas *Jugar con fuego*, *El Valle de Andorra*, y *El Dominó azul*, está beneficiando la que Vega y Barbieri le han cedido, con el nombre de *El Marqués de Caravaca*. Consignados sus autores, escusado es decir cómo habrá recibido el público esta zarzuela, en cuya presentación y ejecución se advierte tanto celo.

BIBLIOGRAFIA.

Ahora que la estación convida, es oportuno recomendar á nuestras lectoras la *Guía de Aranjuez*, de D. Francisco Nard, de la cual hace un año les presentamos algunos

capítulos en prueba de la exactitud y belleza de sus descripciones, de la poesía y elegancia de su estilo. Otra recomendación haremos: que no vayan á Aranjuez en día de toros, ni aun de besamanos, si no quieren esponerse á ir y venir á deshora y con insufrible estrechez, amen de conquistar el sitio á viva fuerza, y pasar, por último, la noche en el camino. Tal es el orden, exactitud y esmero de la empresa. Público es algo de lo que aconteció el domingo último, y las escenas desagradables que ocurrieron.

Se vende dicha Guía, descriptiva é histórica, y del camino de hierro, formando un tomito de cerca de 200 páginas, con láminas, y el nuevo mapa levantado por el patrimonio, y reducido por el Sr. Coello, al ínfimo precio de 5 rs., en las librerías de Monier y Cuesta.

Apuntes Históricos.

La coronación de los reyes es uno de los sucesos y actos mas notables y solemnes que presencian las naciones. Trae su origen de los Godos, que no permitian ceñir la diadema real sin ungir antes con óleo sagrado al futuro monarca. Así lo afirman muchos escritores, opinando además que España se antepuso á Francia en esta ceremonia, pues habiendo sido el primer ungido en el vecino reino un individuo de la línea Carlovingiana, ya teníamos en el año 864 verificada tan sagrada práctica en Alfonso el Magno, que luego compró una magnífica corona á los monjes de San Martín de Turena.

Sucesivamente fueron ungidos desde Fernando I á D. Alonso el Sábio, quedando después en silencio las crónicas, hasta llegar á Alonso XI, que refieren se coronó con su esposa en el monasterio de las Huelgas de Burgos.

Los Fueros de Navarra ordenaban el acto de la coronacion, mucho antes que con él cumplierse Sancho VII, en 1150; ejecutándolo con corta diferencia, como en los reinos de Castilla y Leon, segun se vé por una descripcion del ceremonial que se siguió cuando se ungiéron, en 1484, la reina doña Catalina y su esposo D. Juan.

Para finalizar, diremos era costumbre constantemente seguida que el rey tomase por sus manos la corona, y se la colocára en la cabeza; cuya costumbre fué con posterioridad mandada observar espresamente por don Pedro IV de Aragon, llamado el Ceremonioso.

Enrique del Castillo y Alba.

MODAS.

Después de una prolongacion y crudeza, no acostumbradas en este clima, el invierno se ha despedido de nosotras, amables lectoras, y la Primavera nos sonríe por fin. Nos hallamos, pues, entre un reinado que concluye y otro que comienza; consagremos, pues, algun recuerdo al invierno, y proclamemos el advenimiento de la Primavera y de la Moda.

Hace tres años, cuando la Moda sufrió una trasformacion completa, no era cosa fácil estar al corriente de las novedades rápidas y multiplicadas que se sucedian sin interrupcion: este año solo tenemos que señalar variaciones puramente de adorno: ya una guarnicion que se pone un poco mas arriba ó mas abajo; un volante de mas ó de menos; que éstos sean un poco mas ó menos anchos; á esto está reducido todo.

Los cuerpos se llevan siempre con aldeta en los vestidos cerrados y de telas tupidas, y con cintura en los de telas claras, como muselina y barés: éstas son las únicas for-

mas que se dan á los vestidos, y así es que los del año pasado parecen todavía bien en el presente. Debemos felicitarnos por esta constancia, porque hacia mucho tiempo que no habíamos tenido modas tan graciosas y que sentasen tan bien: es una dicha el conservarlas.

En cuanto á mangas, la forma pagoda es hasta ahora la preferida, como la mas cómoda para el verano; no dá calor al brazo y admite otra debajo, abierta ó cerrada, segun las circunstancias ó la temperatura: se llevan un poco menos anchas, y si se adornan con tres órdenes de guarniciones, convenientemente repartidas, no carecen de elegancia.

La hechura de las manteletas es hasta ahora de chal para muy vestidas, y redondas para *negligé*: se ven, sin embargo, de diversos cortes y llevadas con mas ó menos gusto.

Los *fichús* que se llevan para vestido alto son con cuello muy ancho y de ondas muy en punta, y correspondiente á esta forma los dibujos de su bordado: los que se han de usar con cuerpo abierto, son por lo general tambien abiertos, siguiendo la hechura del vestido: en los que tienen cuello, se pone este fruncido.

Por conclusion, recomendarémos á nuestras lectoras un vestido de tafetan verde, con tres volantes que cubren casi toda la falda; estos volantes, la mitad claros, y la mitad tupidos, se componen de una tira de tafetan de siete centímetros de ancha, de un entredos de blonda negra, de igual ancho, y de una blondita, con ondas en punta, que los guarnecen: adornos correspondientes en el cuerpo y mangas hacen de este traje uno de los mas frescos y elegantes de la estacion.

Aurora.